

ALBERTO GERCHUNOFF

RODOLFO A. BORELLO

Todo juicio crítico sobre la obra de un escritor como Alberto Gerchunoff implica una valoración más de sus circunstancias, de sus aspectos vitales y personales que de los volúmenes que escribió. Es sintomático observar que todas las palabras pronunciadas e impresas acerca de él, antes y luego de su muerte, sólo ponen la atención en el hombre, en la figura humana con sus cualidades personales. Y se refieren, siempre en forma encomiástica, al estilo, que brilla con su más alto esplendor en *Los Gauchos Judíos* y en *La Jofaina Maravillosa*. Es natural que así sea. No logró o no pudo dar nacimiento a una creación autónoma, a un hijo de su espíritu que fuera capaz de existir separado de quien le dió vida. Sus intentos novelescos (porque son eso: intentos; jamás nos dió ni la pintura de un ambiente, de un climax, ni la de un personaje. No nos referimos a las tan diversificadas formas en que se ha desarrollado técnicamente la novela durante este siglo, pues las dos citadas fueron las únicas que al parecer le interesaron) sus cuentos, y las obras de menor aliento, no resisten el calificativo de logradas: carecen de ese elemento difícilmente precisable que hace a un libro pervivir más allá del instante en que fué ejecutado. Es probable que su continuada labor en la prensa nos haya robado la posibilidad de leer una obra suya que nos diera la verdadera imagen de su talento, de su capacidad creadora; pero no creemos que se haya visto impedido de darle cima. Cada hombre de su temple da siempre de sí lo más alto; justificar con posibilidades no logradas los hechos irrealizados es vana labor reñida con la verdad.

Ninguno de los libros, ni *Los Gauchos* ni *La Jofaina*, con su estilo tan distinto y a la vez admirables, dejan de ser obras de tono menor.

Uno de los hechos que casi siempre dan nacimiento a todas las creaciones literarias es que el autor parte, en el primer momento, de incitaciones externas o circunstanciales que le llevan a comenzarla, pero la gran obra literaria se logra sólo cuando el creador supera aquel estímulo inicial y ve los problemas y plantea las situaciones desde una perspectiva mucho más amplia, más consciente y objetiva. Es lo que un poeta célebre denominó "lógica de la emoción", y significa que si se siguen viviendo plenamente aquellos estados anímicos se ha logrado contem-

parlos desde la palabra y encajarlos en el todo unitario que es la obra de arte; Gerchunoff no alcanzó a salvar la distancia que va desde el planteo inicial a la realización cuidadosa e inteligente. Todas sus obras lo muestran partícipe de las emociones que describe, y las ficciones son simplemente el producto de hechos presenciados y vividos por el mismo creador, trasladados con ciertos cambios al papel y en los que asoma, ya en el adjetivo, ya en la sintaxis, cuando no en las afirmaciones directas, la vehemente alegría o la condena que tales circunstancias provocaron en él. No es raro el hecho de que se lograra identificar muchos de los personajes de sus obras con los hombres reales que los inspiraron. Y ello no por sentirse como muchos escritores contemporáneos, testigo, expectador implacable de un hecho que deben relatar, sino simplemente no poseyó talento creador; no logró salir de sí, asomarse al mundo con los ojos imparciales pero apasionados de un novelista auténtico. Careció también de esa maravillosa intuición para la vivencia de las situaciones humanas no conocidas, para relatar con verdad los hechos y los caracteres difícilmente presenciados.

El uso constante de la primera persona en todos sus relatos, muestra una dificultad técnica no salvada, testimonio efectivo de aquella incapacidad de objetivación que en el género significa creación; ha escrito M. Murry que cuando lo escrito tiende al juicio, necesita de la acción predominante de lo racional, entonces el medio apropiado es la prosa. En la novela ocurre que la emoción nos nace porque hemos tenido contacto con el hecho por medio de la inteligencia, y la posesión de todas las circunstancias que lo rodean nos arrastra, por la fuerza de lo que presenciamos, a un estado de ánimo perseguido concientemente por el creador. Nos acongoja *La Metamorfosis* de Kafka por la manera implacable con que nos relata —pareciera que él mismo no se da cuenta de lo tremendo que cuenta— los hechos más atroces con las palabras más sencillas. La emoción no está explícita, no la nombra siquiera. La soledad de Samsa aletea y nos va ahogando el pecho como una garra; pero somos nosotros los que sentimos, somos los lectores los que sufrimos por una emoción hija de esas circunstancias puestas ante nuestros ojos, y que lentamente nos colocan en la situación del protagonista haciéndonos de pronto copartícipes de su angustia. En ningún momento es el señor Kafka el que se siente emocionado y nos lo dice; él participa, claro que sí, participa, pero ha levantado un muro intelectual que implica genio creador y dominio de todos los resortes necesarios para esa comunicación. Gerchunoff siempre escribió con una carga emocional excesiva, por ello las obras de encargo, las hechas para el periódico cotidiano lo

muestran más sereno y más dueño de los hechos que aquellas ejecutadas por satisfacción propia. Siempre estuvo interesado en la acción que relataba, y esa emoción, viviente en el adjetivo brillante y en la sintaxis hecha de dominio estilístico y gracia psicológica, se asoma y está muchas veces explícita. No logró ver y contar separando relato y narrador; y sus propios dolores o alegrías no bastan para despertarlos en el lector. Ello es lo que nos hace sentir como una suave efusión lírica su libro sobre Heine que él llamó "devocionario". Escrito con amor y sentimiento, campea en él una tal suma de equívocos, de faltas de precisión y justeza, que asombran los aplausos de quienes en su tiempo lo leyeron. Sus opiniones sobre Goethe, sus juicios románticos nos hacen sonreír y asombra que pertenezcan al que escribió contra Irigoyen artículos ejecutados con tal claridad en la crítica de los contecimientos, y en la profundización de los problemas que pesaban sobre el país.

Se dió en él una bien conocida característica de nuestros hombres de letras. Exceptuando unos pocos nombres, pareciera que la crítica literaria debiera excluir el uso de la inteligencia, y bastara para llevarla a cabo el arranque sentimental o la visión incompleta de los hechos. Gerchunoff, como todos los hombres de su época, comprendiendo a Lugones, Quiroga o Borges, colocados en un mismo ciclo aunque algo separados temporalmente, carecieron de penetración y cuidado crítico.

Los afanes, y en especial las opiniones de Gerchunoff, fueron las del autodidacta que por naturaleza sabe del bien y del mal y no necesita ahondar con exceso para justificar éticamente ideas o acciones. Su mirada a los problemas sociales, políticos y culturales parte de esta confiada creencia en la bondad innata del hombre. Sus palabras sobre tales cuestiones son las del que siente que la dignidad ajena es parte de la propia, y se sabe obligado a defender ambas porque son una sola. Y reacciona con el santo furor del justo y la bondad del generoso. Por eso sus ideas en torno a tales hechos no se forjaron en el examen desapasionado de las causas y los efectos, en una búsqueda intelectual, que separándose de los factores inmediatos los contempla desde un plano más alto, única forma de asegurar su certeza. De allí que las ideas de "*La Clínica del Dr. Mefistófeles*" despierten nuestras simpatías, pero como las razones y soluciones son hijas de una reacción circunstancial, teñida de emotividad, están atadas a las condiciones que motivaron el fallo, y pocos años más tarde resultan viejas, gastadas; dos décadas después las sentimos ingenuamente anacrónicas, alejadas de nosotros y sólo a medias justificadas por la sinceridad de quien las expresó.

Se ha hablado repetidamente de la actitud satírica de Ger-

chunoff, de su capacidad para tal género, y creemos que no es la denominación que le corresponde. Tuvo un fino sentido del ridículo que anida en los fatuos y en los vanidosos, de las mentiras con que entre nosotros —como en cualquier país, aunque con desesperante frecuencia en éste— se construye una reputación honorable y se callan las verdades dolorosas; ejemplo logrado es su novela *El hombre Importante*, en la que hemos creído ver una velada alusión a Irigoyen, pero que no puede llevar el nombre de sátira porque está dentro de su línea de furor bondadoso. El autor se ríe del tipo social que presenta, pero no hay aquella despiadada pintura de un país y de sus lacras como la que nos entregó Swift en sus Viajes de Gulliver. "...el satírico se indigna porque hay un abismo insalvable entre la realidad y su sueño. La sátira es, en suma, una comedia metafísica; ...se basa en un método de contraste. El satírico está entregado a medir la monstruosa aberración de lo real respecto del ideal. La aberración está toda de un lado: el satírico no mantiene una posición intermedia, como el comediógrafo. Sin embargo tiene que mantenerse igualmente sereno, pues su actividad es eminentemente intelectual... le está vedado el arrebato del pasquero o del predicador fulminante"; en Gerchunoff no podía haber el deseo de mostrar la enorme diferencia que va de una forma de vida ante la vigente en su momento, contra la que se quiere levantar lanzas, porque no tuvo una visión coherente de otra posible y perfecta organización social, política y económica. Sólo quiso mostrar lo cómico y lo ridículo por medio de una velada ironía que era el vehículo de su propia indignación. Resultan también gratuitas las afirmaciones de su desencanto o de su escepticismo volteriano, cosas ambas que no alcanzamos a ver en toda su obra.

Lo que en verdad dejó Gerchunoff como logrado fueron sus hermosas páginas sobre el Quijote. Una rara similitud parecía anidar en su alma respecto de la de Cervantes. *La Jofaina Maravillosa* está escrita en una prosa única en las letras de nuestra patria. Allí alcanzó su mejor manifestación la carga de amor apasionado y limpio que su autor parecía poseer de modo admirablemente inagotable. Esa prosa nada tiene que ver con la de Sarmiento o Mansilla, cuyo ritmo íntimo y sintáctico se corresponden, pues son una misma cosa; ambos dependen, condicionándose mutuamente, del caminar de la comunicación intelectual. Esta prosa, desprendida casi totalmente de las formas en que se ha desenvuelto la española, reclama un urgente estudio cuidadoso que sólo será posible el día en que la historia de la peninsular se efectúe. La lectura de los clásicos, y en especial del libro cervantino le llevaron al dominio casi perfecto de los

modos de decir, y del vocabulario del Quijote, que es en verdad donde reside su nota distintiva. La sintaxis no es la del libro inmortal, aunque en muchas partes bien puede afirmarse que podría llevar la firma de Cervantes. Supo utilizar con gracia, revitalizar por imitación primero, y luego por identificación casi total, palabras que parecían vedadas a un escritor argentino con intenciones estéticas. Esta capacidad de vivencia de una lengua en un momento de su desarrollo se repite en aquellas breves páginas sobre Helena de Troya (en *La Asamblea de la Bohardilla*) esta vez con respecto a una época que él no podía conocer a la perfección.

Otro rasgo también destacable: Gerchunoff supo mantener con habilidad la diferencia que va del escritor estilista a la del hombre del periodismo y en ambas logró prestigio por su dominio del instrumento expresivo; ninguna cercanía parece haber entre una biografía sobre un hombre célebre pergeñada en horas y las páginas de su querida *Agenda* del libro de los ideales. Alguna vez nos detendremos con el cuidado y la precisión indispensables en la prosa cervantina de Gerchunoff para señalar sus características, objeto no perseguido en estas páginas.

La cercanía temporal de su vida y de su muerte, obliga a la referencia hacia sus fundamentales preocupaciones y a los valores permanentes de su nombre. Gerchunoff, más que un creador fué una conciencia y una vocación. Muchos actos de su vida lo colocan entre ese breve número de hombres de letras que, dominando la palabra, supieron de las responsabilidades con que carga el que puede ver y difundir la verdad. No fué de los que callaron, no fué de los que vendieron este pobre mundo de los hombres a cambio de la tranquilidad. Los defectos y las tibiezas que asoman en muchas de sus palabras, ese infantil deseo de paz, de benevolencia y alegría eran el clima natural de su alma, nunca una conciente actitud de estar en error por conveniencia. Fué valiente y sereno, y si su gran bondad lo salvó del odio no le eximió de decir su opinión cuando creyó necesario hacerlo. Hay además otra faceta ejemplar: su autobiografía es un escueto documento de la valentía con que enfrentó y construyó su propio destino; del sereno ardor con que llevó adelante la existencia que creía era la verdadera.

Por ello vemos en él no al creador frustrado sino a un hermoso y raro ejemplo de valor y de fe. El romántico y socialista *Gerch* creía en la bondad natural del alma humana, en un mejor futuro para la enfermedad cutánea de la tierra. Confió en el poder del Verbo, y por sobre todo, este judío-argentino, nacido en Rusia, sintióse y actuó como los hombres dignos: Hizo en cada caso aquello que le dictó su conciencia.